

Cinco poetas jóvenes de Cuba

Selección y nota de Atilio J. Caballero

De la poesía cubana actual, la escrita por aquellos que hoy bordean los treinta años, muy poco se sabe, tanto dentro como fuera del país. Distintas razones -en ambos casos- hacen que esto sea así: precariedad (eufemismo benevolente) de la situación editorial de la Nación; desconocimiento por desinformación, algún que otro tabú, y la creencia, fuera de nuestras fronteras territoriales, de que todo -o casi todo- lo que por estos lares se escribe en verso está signado por lo épico, lo "social", la alabanza o lo "revolucionario". Traspasando nuestra insularidad, remontando las aguas que enmarcan estos límites, la poesía cubana, en el mejor de los casos, queda reducida a la obra de algunos de los poetas que entre los años 40 y los 50 se agruparon en torno a la revista *Orígenes* -Lezama Lima, Cintio Vitier, Eliseo Diego-, la tropical universalidad del vate Guillén o alguna que otra voz más cercana a los 60 (Gastón Baquero, Fayad Jamís, José Kozer, etcétera). Lo demás queda sujeto a la circunstancia benevolente de algún premio internacional prestigioso o al "azar concurrente" y feliz que signifique la inclusión de un título o un nombre en alguna colección especializada o ensayo con pretensiones totalizadoras. Como se sabe, la literatura, para su inmortalidad, apela a ese recurso de consagración que Henry Miller llamara *la mentira griega*: un murmullo físico entre el presente histórico y la leyenda. En Cuba, la generación poética que se da a conocer entre mediados y finales de los 80 está signada fundamentalmente por un compromiso entre la riesgosa frugalidad del día y el resplandor salvaje de la trascendencia. Se ha afirmado que "el momento central e irradiante de su contenido lo constituye la ética"¹: crecida en el afán de alcanzar el status áureo del humanismo socialista, sus contenidos espirituales intentan patentar una poesía apasionadamente antropocéntrica, complejizada ante las contradicciones de una praxis insistentemente desmitificadora. Colocar el problema del hombre cotidiano a un nivel

filosófico, profundizar acerca del debate del hombre sobre sí mismo, su esencia y su posibilidad, a través del análisis y la reflexión como principio para su lectura. Poesía que puede llegar a caracterizarse –en sus mejores exponentes– por su capacidad de revelación; su lucidez y cierto atisbo de intelectualización en armonía con un cuidadoso y preciso uso del lenguaje, que alienta una esmerada vocación formal; una diversificación de recursos y voces; cierta ambición por definir mitopoiesis; compleja en signos y mundos visuales, y sin embargo, transparente.

Como traducir, antologar también es traicionar. Toda selección implica discriminaciones, necesarias casi siempre y también ahora por razones de espacio. No he pretendido, sin embargo, reducir a la esencia; es tan solo el intento de potenciar, en su mínima expresión, ese resplandor que posee luz propia.

¹ Víctor Rodríguez Núñez, "La otra (nueva) poesía cubana", revista *Unión*, La Habana, 1988.

Emilio García Montiel

Las cartas

He abierto pocas cartas, pero siempre importantes.
Algunas fueron de amigos cercanos
otras de mujeres,
y otras de pequeñas gentes que no volveré a ver.
De cada palabra obtuve una verdad
y de cada silencio
ese temor a lo invisible que nunca confesamos.
Por una carta perdoné a un enemigo.
Por una carta decidí mi soledad tras un largo romance.
Por una carta abandoné un país.
Si alguien me pidiera explicaciones no sabría decirlo.
Una carta es el aire que bate entre dos condenados,
entre el cuerpo y el alma.
Un sillón reclinable, un dorado estilete para rasgar los
/sobres
una vista nocturna de París
de poco servirían.
Desde el momento en que vocean tu nombre
por las habitaciones
en que cae un susurro debajo de la puerta
ya no hay nada que hacer.

De Cartas desde Rusia

Los golpes

Hace ya mucho tiempo –ahora es muy difícil precisarlo–
yo descubría el mundo bajo el mismo cristal usado y transparente con que
/ se ve la gloria.

Nada pretendía y nada sucedió que no estuviera definido entre el bien o el
/ mal.

Yo imitaba a los héroes con la vieja confianza que da la mansedumbre, con
/su oscura prudencia.

No conocía aún la insensatez de las muchachas:

si alguna noche imaginé o entendí algo, fue apenas un rubor.

Yo tenía un pupitre, una voz agradable, una ciudad dispuesta.

Los maestros tocaban mis espaldas y decían: muy bien.

Todo era hermoso: desde el primer ministro hasta la muerte de mi padre.

Y perfecto, como debían ser los hombres y la Patria.

Pero eso fue hace tiempo –hace ya mucho tiempo– y ahora me es difícil
/precisarlos.

Cuarteto

De todas las palabras que he escuchado y que quizás he escrito
/sólo recuerdo aquellas de ninguna importancia.
Las palabras eternas se vuelven silenciosas para llegar a mí y
/aún en su silencio las olvido
o pretendo olvidarlas. Las palabras eternas existen en un nombre;
yo a veces lo pronuncio por temor, pero no pienso en ello.
De entre todas las cosas, sólo duermen en mí ciertas ciudades,
ciertas mujeres vencidas al azar.

De El encanto perdido de la fidelidad

Los stadiums

A veces voy a los stadiums sólo por tomar aire.

El stadium es un gran respiradero en la ciudad podrida.

En la ciudad de las columnas sórdidas, de los lentos portales
/oscuros.

Entre el cansancio de un hombre que no puede llegar
y el letargo de un mundo que no quiere salir.

Entre el polvo, el calor y la sed como en una película de guerra

Entre las calles enfangadas como en una película de corrupción
/moral.

Desde las casas, el cielo es dulcemente azul.

Desde los barcos, una nube grisosa que se enreda en el aire.

Bajo esa nube somos demasiado felices.

Bajo esa nube pensamos: la ciudad.

Pero al final decimos: parque, polvorín, iglesia, ayuntamiento.

Ya no hay frescor posible.

A veces voy a los stadiums sólo por tomar aire.

En un stadium no se juega el destino del país, pero sí su
/nostalgia.

O más bien la nostalgia de esta ciudad podrida.

Remendada con boleros y con tristes anuncios
que ya no significan nada.

Café

Dos mujeres finamente maduras escogen sus palabras
entre ligeros sorbos. Un muchacho, en la otra mesa
disfruta sus labios dorarse tras las copas.
Los tres se advierten con cierta ingenuidad
y él piensa que una de ellas podría reposarle
abrigarlo con tibia laxitud, o ambas.
Ellas corren sus dedos por el vaho de los cristales
y ven en la otra mesa algo mejor que unas claras
/facciones:
un mundo de robusta sobriedad.

Espuma de cerveza, en la nieve de febrero
espuma en los labios del muchacho
que imagina un hogar de ruidos apacibles
y en las mujeres, que desean llamarlo por cualquier
/motivo.

De Squeeze play

Antonio José Ponte

Asiento en las ruinas

Madrugadas en vilo de mil novecientos ochenta y ocho
donde acalladas mis vísceras remotas tomóme la
memoria de lo muerto, memoria de familia vertical
creciente.

¿A dónde iba mi infancia, donde estaban quienes me
habían prometido segunda corona? Lo que el deseo
no persiga, lo que apenas intenten las palabras.

Madrugadas en que escribí: "¿Es necesario que yo
escriba en verso para apartarme del resto de los
hombres?" (Lautréamont)

Soplaba el viento de los manicomios, ¿dónde estaban
quienes me habían prometido segunda corona? Lo que
el deseo no persiga, lo que apenas intenten las
palabras.

¿Es necesario apartarme de los hombres para escribir
en verso?

Madrugadas en vilo de mil novecientos ochenta y ocho
con tu cabeza en mis manos. Olía a bosque,
nos maldecía un pájaro, era el fin de la tierra.

Cuántos paseos que haríanme más sabio, cuánta luz,
árbol, agua, lo que una voz más justa llama vida,
ardió entonces para este entendimiento: qué triste
entre las manos, como falsa plata que no morderé,
la cabeza de quien amaba.

De *Poesía*

Discursos para el día del juicio

Yo, un oscuro cartero pedaleando, siento que así sucede.
Hoy día del juicio se va a acabar el tiempo.
Pedaleo por las ciudades, salgo al campo,
entro en los pueblos de una sola calle
y estos seres que dejan
sus sopas para abrirme las puertas
ponen la misma cara en todas partes.
Los que se salvan, los que se hundan
tienen el mismo rostro de adiós a todo esto.

Estábamos tan bien, dicen, con esta sopa
de lunes martes miércoles y viernes,
tan bien con nuestros perros orinando en el piso,
con el trabajo que abandonaríamos la próxima semana
que nos apenas recibir esta noticia.
Así que éste es el Día Final aparentemente como los otros,
un día lluvioso en uno de los meses de lluvia que trae el año.
En adelante no habrá días de invierno
ni tardes de verano
ni noche oscura bajo las estrellas.
Un año más y seríamos dioses.
había de ser domingo y que lloviese.
Todos los ángeles nos ven salir con nuestras capas,
se mueven en sus sillas, sonríen:
Pobres los hombres tratando de acabar limpios de fango
secos de lluvia,
alcanzando a un cartero para contarle que se ha equivocado:
no son culpables, no son santos.

Hoy es un día en una estación en que abundan las lluvias,
se enfría la sopa,
los perros pelean con los gatos,
mañana tiene que ser un día más.

Glosa a Luis de Góngora

Pisando la dudosa luz del día,
la legañososa luz,
abro la puerta al polvo,
al brillo recocado que me espera:
aventurarme a otra ciudad no muy distinta,
a tanta boda a tanto enlace de cosas
que no comprenderé sino muy lentamente
y este dolor de quien tira de la bestia
siendo a la vez el animal de feria,
de la lengua apurando el azúcar,
este dolor tan claro
de no poder estar en todos los amores.

De Trece poemas

En diciembre, viendo volar...

En diciembre, viendo volar los fuegos de artificio
pienso en el tiempo.
Un año no comienza en esta noche
hecha para que algunos se abracen y rían,
sino en la calma mañana de mi cumpleaños.
Esta noche tan clara para los augurios
no cambiará mi suerte.
Puedo olvidarme de tocar madera,
hasta volcar la sal podría,
no cambiará mi suerte para nada.
¿Qué nos hace creer que en diciembre
termina una suerte y empieza otra?
¿Y para qué brindamos
deseándonos nuevos destinos?
Amarga es la madera de mi ventana
y pongo allí la frente.
Quiero que pase el tiempo como en las películas.
Ya dije amor y me he quedado solo,
he dicho tiempo
seguro de que todo lo arrastraba.
Voy a seguir contando las cosas que no fueron,
lo que se echó a perder por algunas palabras,
el dolor que nos dejan las despedidas.

De Poesía

Ahora que vuelvo y nadie hay para explicarme
cada significado de volver, puedo volver.
porque sólo se vuelve si nadie hay; porque volver
es saberse volviendo con uno y para uno mismo,
y de pronto ni siquiera eso, sino volver, la vuelta,
sola, como una luna, recién caída al mar,
sin de dónde y sin cuando y sin por qué.

De Todas las jaurías del rey

Salmos del visitante

I

Un sitio, claro,
puede ser otro,
siempre y cuando
no tenga un nombre;
y una hora
si en sus minutos
ningún nacimiento
ha sucedido.
Sólo un hombre es
el mismo, siempre,
y su sitio y su hora
varían con el rayo
de luna o sol que a su paso
olvida algún secreto.

II

Ya fuiste nada,
y algo, cuando parecía
que nada podía ser
después del sorprendido
trasiego de números
en la tabla al revés
que puso algún pastor
entre tu máscara y la mía.
(Ya fuimos nada y algo,
y un sitio y una hora

pueden ser otros,
y un pastor está nadando
en el río.)

III

(Una casa
se parece a otra casa,
y adentro un hijo
afila el cuchillo
que le va a enterrar
a su padre, que no
le regaló un caballo
el día de su santo.)

IV

Sobre un mostrador
de carnicería,
el visitante deja escrito
el último discurso
para los inquilinos de un
edificio,
gastado por el ir
y venir de las visitas
deseables; y sobre otro
se fundan el centro
del mundo y pirámides
para inscribir en el cielo
geografías y primeras
palabras, que todavía
no caben en la tierra.

V

(Todo, algo terrible,
puede suceder,
cuando los hijos no tienen
un caballo
para abandonar la casa.)



El vencedor

Yo nunca he estado listo para ser superior al que voy siendo.
Todos los días uno se agazapa en el otro y nunca
es vencedor el primero sobre el segundo, ni viceversa.
Soy yo mismo en el centro de los dos y a veces,
es el cuerpo de uno conspirando contra el alma del otro,
y siempre los tres necesitados del ser
solícito que permanece cotidianamente en cada uno.

Ahora vamos los cuatro en un mismo tren sin rumbo fijo,
sin equipaje, sin estación para conocernos;
llegaremos al mismo lugar de donde partimos,
porque no hay lugares diferentes, sino viajeros diferentes,
y cada uno quiere llegar al lugar de donde partió,
antes de que se marche el otro que junto a los demás lo está esperando.

Todo es posible a esta hora en que se nublan
los contornos de la palabra viento
nada es posible a este espacio de donde tú
decides escaparte
todo y nada es posible ahora y nunca después
como una deformación en la ventana
no en el camino en la ventana por donde miras
hacia dentro para orientarte dices
para orientarme digo decimos no es posible.

Pero a esta hora todo es posible
noche sin voz y muerte sin tarea
¿quién no ha sido dos veces el cuerpo de su hermano
su estrategia insular y su definición
de la esperanza
dos veces la metáfora de un incendio en el mundo?

Nada y todo es posible nunca y siempre
¿qué pruebas tienes de que has vivido?

La ciudad es grande
no tan grande como los santos y las señas
de la ciudad vacía pero casi tan grande
como la paz de sus transeúntes qué hacen los transeúntes
qué vigilan qué buscan en las vidrieras apacibles acaso
la prueba el argumento de que han vivido.

Tú en cambio ignoras la grandeza de la ciudad
no es que se pliegue el corazón y vuelvan

los nombrables bojeos la náusea de la ronda
pero el rigor de los espejos exige rigor a la mirada
a fin de comprobar tu semejanza con el viento
reaparezca la imagen en un muro pintado
y nada y todo sea posible eternamente.

De Todas las jaurías del rey

Omar Pérez López

En el camerino

Con todo gusto mi mejor canción,
la que más se aproxima al sonido de un horno,
pero primero voy a echarme el pelo para atrás,
por esta noche no incluiré
un poco de calentamiento en las articulaciones
no trucos para adquirir temperamento.
Es cierto que antes de salir a escena
le doy brillo a los zapatos con saliva
pero qué puede hacer un hombre débil de carácter
alguno de los otros me ha robado el cepillo,
es verdad que, irrumpe, queridos, ante ustedes cantando
con la mano derecha muy cansada
yo no tengo culpa de no gustarle a las mujeres.
Ahora han descubierto que aquí en mi camerino
yo tenía escondido el control de las luces
y para hacer sus cosas, que yo sólo conozco de oídas
vienen en grandes grupos después de las funciones
y registran alegremente las paredes,
necesitan una oscuridad sin riesgos para la ceremonia.
No debería envidiarlos,
yo tengo sensibilidad y ellos calentura,
pero siento envidia y todos los días me tiendo al sol para fijarla.

Por esta vez sean flexibles conmigo,
anteriormente me han lanzado cigarros encendidos
incluso desde las filas cercanas a la entrada,
recuerden aquella memorable noche
en que yo interpreté el papel de insensible,
aquellas memorables noches todos fuimos iguales,
después de la función se soñó a pierna suelta.

Sábado del ateo

Toda la pujanza nacional cabe en el sabbath del señor,
quiere decir que algo de la inocencia y algo de la sicosis
hipnotiza a los peregrinos a la entrada de las cremerías
quiere decir que al fin cada transeúnte vale lo que pesa;
el sábado último regresamos perfumados y rígidos
y por su ojo de buey vio el señor que era bueno.

Toda la perplejidad cabe en un vestido de noche
y en carteras brillantes como el azogue que no lleva nada
salvo la promesa de comportarse civilizadamente,
si rasgásemos este anonimato que nos queda tan bien
habría una bellota que atesorar entre pecho y espalda
pero quien calculó la pulpa bajo la corteza del sábado
calculó también nuestra osadía.

No me dejes traspasar el umbral tan desarmado
ni esperar por la reencarnación en las mesas de linóleo
donde el polvo cósmico se deposita sin premura,
el último sábado regresamos perfumados y rígidos.
No dejes a esos peregrinos circular con tanta credulidad
elegantes y nerviosos como kamikazes
no nos dejes creernos fuertes en el espejismo semanal
y aclimatarnos por fin en el sabbath del señor
para despertar el domingo sin paz y sin perfume.

A sólo unos metros de la hoguera

A sólo unos metros del infierno reeducador
se ofrece una segunda mejilla, un primor de la estrategia
fijada en un millón de años de vencedores y vencidos
una segunda mejilla, la etiqueta de los perdedores
una sonrisa más rápida que el hurón, quién lo iba a decir?
Si, separados de la hoguera por los curiosos de siempre
asimilamos entre una reverencia y una reverencia
la disciplina acumulada en un cadete
la modestia contenida en la posición erecta
el candor permisible en un convicto.
Nociones de humildad sanas e infalibles
que cruzan los oídos como el pañuelo de un mago
nociones de humildad
que se apagarán cuando se apaguen los tizones.

Mulos y caballeros

En el fresco y sombreado recinto de los coros
donde entrar no es propiamente un riesgo,
unos entran haciendo sonar las botas
contra la madera que no cruje,
calafateada hasta sus últimas consecuencias;
los otros ven cómo sus cabellos mojados
se erizan y se curvan tratando de llegar al compás;
en el fresco y sombreado recinto de los coros
ser cínico es tan útil como enamorarse
al sonar el tenue rugido de la liebre mecánica,
y una vez trazado el ábaco en un cuadro de tierra
seca y brillante y eficiente durante tres generaciones
partimos dispuestos a una carrera sin sudor ni azagayas
y algo como un vaho de serenidad nos observa y nos quiere
y nosotros respiramos la vida como un ábaco.
En el vértice de las frescas y sombreadas manipulaciones
todos nos miramos nos atendemos
en busca de un compadrazgo o de un cántaro de agua
pasamos mulos o caballeros, esto no se decide al azar,
pasamos a los dos papeles posibles para el hombre,
pacientes como puede serlo la resina.

Rolando Sánchez Mejías

A la salida del bosque

I.M. St. Mallarmé

Habría, a la salida del bosque, algún pensamiento virgen. Cierta *sonoridad de plata*, o blancura, conseguida a duras penas con el esfuerzo del cuerpo (de M y los demás). Cierta pena, sobrevivencia del alma, por el esfuerzo. Y por la Luna, que señala los vestigios de la lucha. También la inclemencia, sobria, de los árboles, blanqueados el dorso por esa Loca de la Casa, allá en lo alto. Cierta *sonoridad de plata*, al final a la salida, o romántico murmullo, apenas inteligible, el pobre. Y el cuerpo, un viva por el cuerpo, que se lo merece...

Collage en azul adorable

La nostalgia por los lípidos establos de Dylan Thomas
1 clavecín 2 clavecines acompasadamente
La vida en súbitas estaciones del alma o la incomunicabilidad
/de un místico
El furor de la lluvia en el purpúreo extremo de un cigarro
La casa de Lezama desde un taxi en la ventisca
Un soliloquio de tablillas de boj
Mi underwood amaneciendo al lado de los papeles dispersos
Un símil como un beso helado como una luna en desorden
La visión por la poesía en ciertos segundos del alba
1 clavecín 2 clavecines 3 clavecines
acompassadamente

Jardín Zen de Kyoto

Sólo un poco de grava inerte
quizá sirva para explicar
(al fin como metáfora vana)
que la dignidad del mundo consiste
en conservar para sí
cualquier inclemencia de ruina.

El monje
cortésmente inclinado
quizá también explique
con los dibujos del rastrillo
que no existe el ardor,
solamente el limpio espacio
que antecede a la ruina.

Alrededor del jardín
en movimiento nulo
de irrealidad o poesía
pernoctan
en un aire civil de turistas y curiosos
sílabas de sutras, sayales
en poses inhumanas,
pájaros que estallan sus pechos
contra sonidos de gong. Todo envuelto
en el halo de la historia
como en celofán tardío.

Y el sudor
incrustado como perla

en la sien obtusa del monje
reclama
un fervor de memoria
para tanto parloteo.

El lugar ha sido cercado:
breves muros y arboledas
contra-el-mundanal-ruído
suspenden la certeza
en teatralidad de hielo.

La cabeza rapada del monje
conserva la naturaleza de la grava
y de un tiempo circular,
levemente azul:
cráneo de papel
o libro muerto,
absorbe el sentido
que pueda venir de afuera.

En la disposición de las grandes piedras
(con esfuerzo
pueden ser vistas
como azarosos dados de dioses
en quietud proverbial)
tampoco hay ardor. Sólo un resto
de cálida confianza
que el sol deposita
en su parodia de retorno sin fin.

La muerte
siempre de algún modo poderosa
podría situarnos
abruptamente dentro
y nos daría, tal vez,
la ilusión del ardor.

Igual a un mimo, entonces,
trataríamos de concertar
desde el cuerpo acabado
el "ninguna parte donde hay ardor alguno"
en el corazón secreto
que pudiera brindar el jardín
considerando el paisaje
en los términos de este reverso.
Pero hay algo
de helada costumbre
en el jardín
y en el ojo que observa.
Es posible que sea el vacío
(¿por fin *el vacío?*)
o la ciega intimidad
con que cada cosa responde
a su llamado de muerte.

Y esto se desdibuja
con cierta pasión
en los trazos del rastrillo,
junto a las pobres huellas del monje,
entre inadvertidas cenizas de cigarros
y otras insignificancias
que a fin de cuentas
en el seno del jardín
parecen caídas del cielo.

Antes de seguir de largo

Aspiramos con fuerza el aire que nos dispuso el movimiento
miramos con insistencia el lugar brillante en la noche,
sobrecogido el salmo en la pupila fría.

¿Hicimos lo posible?

¿Qué nos hizo acabar?

¿Por qué tras el espejo no había nada,
por qué ni siquiera nos dijeron pasa,

pasa,
calienta tus manos antes de seguir de largo?

EMILIO GARCIA MONTIEL. (Ciudad de La Habana, 1962). Ha publicado los libros *Squeeze play* (1987), *Cartas desde Rusia* (1990) y *El encanto perdido de la fidelidad* (1992). Profesor de Historia del Arte en la Universidad de La Habana. Actualmente estudia Arte Oriental en el Colegio de México.

ANTONIO JOSE PONTE. (Matanzas, 1964). Ha publicado los libros *Trece Poemas* (1989) y *Poesía -1982-1989* (1991). Coantologador de la compilación *Retrato de grupo*, una de las más completas muestras de poesía cubana actual. Tiene escrito y parcialmente publicado el libro *A propósito de Marcel Proust*. Trabaja como Ingeniero Hidráulico.

ALBERTO RODRIGUEZ TOSCA. (Artemisa, Provincia Habana, 1962). Poeta y narrador. *Todas las jaurías del rey* (Editorial Unión, 1988). Ha publicado además *Otros poemas* (1991). Escribe programas para la radio. Desde 1987 escribe, conduce y dirige un programa semanal sobre poesía en la emisora Radio Ciudad de La Habana.

OMAR PEREZ LOPEZ. (Ciudad de La Habana, 1964). No tiene libro publicado. Recientemente, la Editorial Letras Cubanas editó su selección y traducción de la poesía de Dylan Thomas. Licenciado en Literatura y Lengua Inglesa por la Universidad de La Habana.

ROLANDO SANCHEZ MEJIAS. (Holguín, 1959). Vive en la Ciudad de La Habana desde 1964. Narrador y poeta. Publicó en 1991 el libro *Collage en azul adorable* (Poesía) por la Editorial Letras Cubanas. Trabaja como asesor literario.

